



Calvin Ho

Crónica. Septiembre de 2009

Dos miradas al Barrio Chino



En la calle Arribeños, en la esquina con Juramento, hay un arco grande de estilo chino antiguo que sirve como una puerta estilizada de acceso al Barrio Chino de Buenos Aires. Unas cuadras que son, a la vez parte y a la vez un aparte del resto de la ciudad. Detrás del arco, rodeado por el resto del barrio bastante tranquilo de Belgrano, hay un

distrito comercial con mucha conmoción, muchos colores y mucha gente. En las calles de este barrio-adentro-de-un-barrio se pueden ver muchas luces brillantes y carteles grandes, escritos en castellano y en chino. Las tiendas venden curiosidades del Este, como abanicos pintados, incienso y espadas de juguete. Los restaurantes de esta zona sirven platos muy diferentes de lo que se puede encontrar en un restaurante argentino corriente, como chop suey y arrolladitos primavera. Los supermercados ofrecen, entre otras cosas, rollos de sushi, té con leche y “burbujas” de tapioca, y fideos instantáneos en envases que están escritos en una variedad de lenguas asiáticas.

La presencia del arco y la de las tiendas, restaurantes y supermercados, señalan que la colectividad china es fuerte y está muy presente en esta parte de Belgrano, ¿verdad? Quizás no. Una rápida mirada alrededor revela que la mayoría de la gente que está paseando por el barrio son argentinos de estirpe europea. Es probable que haya muchos turistas extranjeros también, porque numerosos restaurantes tienen cartas que no tienen ni una palabra escrita

en chino, sino que todo está en castellano e inglés.

Las cosas que venden las tiendas están claramente dirigidas a los que buscan curiosidades exóticas, cosas y conceptos suficientemente diferentes de los que conocen en sus vidas cotidianas pero suficientemente familiares para ser accesibles. Muchas veces, las rarezas que buscan son fabricadas específicamente para este tipo de consumidor. Por ejemplo, nadie en China se viste con ropa tradicional. Se la produce todavía principalmente para tres tipos diferentes de consumidor: para actores chinos que tengan que usar disfraces históricos, para novias chinas que quieran lucir glamorosas en sus retratos de casamiento, y, aparentemente, para porteños que, por curiosidad o por otra razón, quieren comprar *qipao* o trajes Mao. ¿Qué tienen los tres tipos de consumidores en común? Todos buscan algo diferente, algo exótico para ayudarles a representar algún papel. Los actores quieren vestirse con disfraces que sean más o menos correctos en términos históricos. Las novias quieren recuperar algo del percibido encanto de la boda tradicional. ¿Y qué quieren los porteños que pasean por el Barrio Chino? Tal vez quieren mostrarles a sus amigos y vecinos que tienen algún conocimiento de las culturas extranjeras, que tienen cierto nivel de cosmopolitismo y sofisticación.

Los restaurantes y supermercados también alimentan este deseo de consumir lo exótico para mostrar que tienen “mucho mundo”. El sushi es comida japonesa, y el chop suey tiene su origen en Estados Unidos, pero esto no importa. Son bastante asiáticos, bastante exóticos, bastante nuevos (pero bastante familiares a la vez) para entusiasmar a aquellos que sólo quieren rozar una cultura nueva sin meterse en las piletas profundas de las culturas culinarias del Oriente. “¡Mirá vos, comés chop suey! ¡Qué sofisticado



sos!”

Esto no es necesariamente malo. Todo encuentro con una cultura nueva es una experiencia educativa, y por eso me alegro de que haya estas empresas aquí para enseñarles a los argentinos sobre la cultura china, aunque las cosas que les enseñan estén arregladas para que todo les caiga bien. El problema es que este mercado de fruslerías se llama “Barrio Chino”. Si un shopping grande se constituyera en un barrio, ¿por qué no se llama “barrio rico” a las *Galerías Pacífico*?

La palabra “barrio” significa un lugar para una comunidad. Las comunidades están contruidas con gente, y la gente tiene más necesidades que tan sólo ir de compras. La gente necesita servicios, organizaciones, escuelas, doctores, y muchos tipos diferentes de empresas. Además, el nombre “Barrio Chino” parecería significar que es un lugar para inmigrantes chinos y sus descendientes. Sí, Buenos Aires no tiene una historia de segregación de diferentes grupos de inmigrantes en barrios diferentes. Las viviendas en la ciudad están segregadas más por clase social que por otras razones. Los chinos no necesariamente viven en el Barrio Chino. Pero, con un nombre así, uno se imaginaria que hay cierta concentración de estos servicios, organizaciones, y empresas, operados por chinos para la colectividad china.

Los dueños de las tiendas son chinos. La mayoría de la gente que trabaja para ellos son chinos. Hay jóvenes chinos paseando por las calles. ¿Qué servicios sociales hay para ellos? ¿Dónde comen y compran? ¿Cómo aprenden lo que pasa en el mundo a su alrededor? Intenté encontrarlo.

Una conversación breve con un viejo chino que leía un periódico chino en la calle fue mi introducción al mundo de los chinos al interior de este barrio de curiosidades turísticas.

– Perdón, señor, ¿dónde compró este periódico? – le pregunté, esperando que él pudiera entender mi mandarín forzado y cauteloso, como los diálogos de los libros de texto a través de los cuales aprendí a hablar esta lengua franca de los chinos. Aprendí cantonés de mis

padres, ambos de etnia china, refugiados de la guerra de Vietnam, pero mi cantonés no serviría de nada aquí. La mayoría de los inmigrantes chinos en la Argentina son de Taiwán y de distintas zonas de China continental donde no se habla el cantonés. Tuve que usar el mandarín, el idioma nacional de ambos países. La relación entre el mandarín y el cantonés es parecida a la diferencia entre el castellano y el francés: similares y relacionados pero un hablante de uno no entendería a un hablante del otro sin haber estudiado el idioma del otro. Estudié el mandarín por muchos años, pero todavía lo manejo mal. Entender es difícil, y ser entendido, aún más.

Me pareció que el hombre me entendió, porque me dio una respuesta medio farfullada, ofuscada aún más por un acento que no pude identificar, definitivamente del sur de China continental, pero de cuál parte de esta extensión grandísima no tuve ni una idea. “Hay alguien que lo está repasando en...” fue todo lo que entendí. ¿Dónde está repasándolo?

– ¿Cómo? Disculpe, no le entiendo – le dije en castellano, un poco avergonzado de que mi intento de establecer una conversación en mandarín resultara un fracaso.

El viejo puso cara de molestia y señaló a la esquina de enfrente.

– ¡Esquina! ¡Esquina! – dijo en castellano.

– Ah, la esquina. *Xiexie*.

Fui a la esquina y un hombre europeo-argentino me dio el periódico. Era el periódico conocido en castellano como *La Gran Época*, una publicación de seguidores de la religión Falun Gong, reprimida en la República Popular China. El gobierno chino cree que Falun Gong es un culto peligroso, y supuestamente el gobierno ha secuestrado y torturado muchos de sus líderes y practicantes. Como el portavoz mundial de Falun Gong, *La Gran Época* es sumamente crítica del gobierno chino.

En un lugar que quedaba a unos metros del hombre con los periódicos había una señora mayor sentada en una mesa, con carteles y volantes sobre la represión de seguidores de Falun Gong en la RPC. Los carteles y los volantes estaban escritos en chino. Esto me indicó que

debe de haber más en este barrio. ¿A cuántos argentinos nativos les importa la cuestión de Falun Gong en China, y cuántos de ellos pueden leer chino? Debe de ser un número pequeñísimo. Claro que hay una comunidad china en el Barrio Chino que está bastante concentrada para impulsar a los activistas de Falun Gong a divulgar sus ideas en esta esquina.

Estoy acostumbrado a ver propaganda de Falun Gong. Me crié en las afueras de Los Ángeles, donde está una de las concentraciones de personas de etnia china más grandes por afuera de Asia. Allá, *La Gran Época* circula ampliamente. Activistas de Falun Gong también tienen su propio canal de televisión por cable, y se pueden ver anuncios y carteles para espectáculos de danza y canto chinos tradicionales por todas partes. Los programas en el canal y los espectáculos también tienen mensajes políticos, por supuesto.

Tampoco me sorprende ver activistas de Falun Gong manifestando o repasando materiales. Recuerdo haber estado en el Barrio Chino de San Francisco hace unos años y ver en la calle a un hombre en una jaula de gallinas, y a dos mujeres atadas, ensangrentadas, y azotadas. “¡Miren lo que está pasando hoy en día a seguidores de Falun Gong en China!” Una escena inolvidable.

Una conversación con una empleada de una tienda me llevó a *Asia Oriental*, un supermercado enorme, a buscar más revistas y periódicos de la colectividad china. El supermercado era muy diferente de los otros que vi, en los que había muchos más chinos haciendo sus compras. Además de rollos de sushi y salsa de soja, se vendían comestibles importados que son particulares de la cocina tradicional de Taiwán y del sur de China, como porotos fermentados, huevos de pato preservados y muchos tipos de verduras.

En *Asia Oriental* encontré tres revistas chino-argentinas, dos que estaban escritas en los caracteres tradicionales que se usa en Taiwán, y una que estaba escrita en los caracteres simplificados que se han usado en China continental desde la decisión del gobierno

comunista de cambiar la forma de escritura para intentar aumentar la tasa de alfabetismo.

Hojeé las revistas y me di cuenta de que la colectividad china en Buenos Aires está bastante dispersa. Muchas de las empresas que venden a los chinos, como agencias de viajes y restaurantes más típicos, están en Flores o en Almagro, por las calles Estado de Israel y Estados Unidos. Sin embargo, en el Barrio Chino también hay muchas organizaciones y empresas que sirven a la colectividad. En las revistas, vi anuncios de iglesias y templos, escuelas de idioma chino para chino-argentinos de la segunda generación, y escuelas de castellano para inmigrantes, todo esto en el Barrio Chino.

La colectividad es mucho más diversa que lo que pensaba también. Había muchos anuncios para restaurantes e iglesias taiwaneses. Una de las iglesias en el Barrio Chino da misa en mandarín, castellano y taiwanés, el dialecto materno de la mayoría de la población taiwanesa. Sin embargo, como indica la presencia de una revista publicada en caracteres simplificados, también hay muchos inmigrantes de China continental.

Los artículos de las revistas trataban de todo. ¿Qué está pasando en Argentina, China, Taiwán y el resto del mundo? ¿Qué está haciendo la farándula china? ¿Cómo es el sistema de universidades privadas en la Argentina? ¿Qué es este “chop suey” que todos los restaurantes chinos sirven, y de dónde proviene?

Si los inmigrantes chinos debieran o quisieran saberlo, lo pueden encontrar en esas revistas.

Los inmigrantes chinos tienen una presencia tan fuerte en la industria de los supermercados que la mitad, o tal vez aún más, de los titulares de las revistas tenían que ver con supermercados. “Residentes del interior se oponen a la presencia de supermercados operados por chinos”. “Tres chinos y tres colombianos arrestados en conexión con crímenes que involucraron unos supermercados chinos”. “Ministro de agricultura de la Provincia de Buenos Aires dice que extranjeros no deben poder abrir empresas allá”.

Aunque la lápida al pie del arco en la calle Arribeños le agradece al pueblo argentino por “el amor y la generosidad brindados a los inmigrantes chinos”, es claro que existen tensiones

y prejuicios, exacerbados por la posición de los supermercados chinos en la economía del país y en las vidas cotidianas de los argentinos.



¿Cómo gastan los chinos el dinero que ganan con sus supermercados? Si son de China continental, es probable que manden dinero a sus parientes de allá. Un anuncio muy grande de Western Union, la empresa de remesas más grande del mundo, llena la contratapa de *Horizonte Chino* (“El primer periódico chino en la Argentina”, según el subtítulo). Una niña con un uniforme escolar sonríe. El texto está todo escrito en caracteres simplificados, aunque el resto de la revista está en caracteres tradicionales. “¿Se puede enviar remesas de dinero a China desde 20.000 kilómetros de distancia? ¡Claro que sí!” En la sucursal de Western Union, a una cuadra del Barrio Chino, se anuncia en la ventana que se puede enviar dinero a Bolivia, Perú, Chile, Brasil, y, por supuesto, a China. (Supongo que ya que Taiwán es más desarrollado que la Argentina, no hay tanta demanda para enviar dinero allá.)

También gastan mucho dinero cuando vuelven a sus países natales. Los boletos de avión para ir a China y Taiwán son carísimos, como indican los anuncios de las numerosas agencias de viaje que sirven a la comunidad china. Los precios para boletos de ida y vuelta a Taipei o Pekín, por ejemplo, empiezan alrededor de 1.300 dólares y pueden alcanzar a más de 2.220 dólares. Los nombres de las aerolíneas insinúan la longitud y la dificultad de los vuelos; se puede transbordar en Francia, Malasia, o Sudáfrica, por ejemplo. Un anuncio para los boletos de *Malaysia Airlines* presumió que uno *solo* va a estar en tránsito por 32 horas, con una sola conexión en Kuala Lumpur.

Armado con más información sobre la colectividad, fui otra vez al Barrio Chino para buscar su otro lado, el lado que vi en las revistas. Esta vez, con una mirada más crítica y mejor informada, vi muchos letreros y volantes que no había notado antes, tal vez porque fueron eclipsados por la comercio y la vibrancia de los escaparates de las tiendas para forasteros. Descubrí muchas peluquerías que ofrecen los estilos más populares en China, una tienda de productos de soja (algo que los argentinos producen y exportan mucho pero comen poco), y una tienda que alquila DVDs de series de televisión de China, Taiwán y Corea. También encontré una iglesia cristiana y un templo budista, y los institutos de idioma chino que se fundaron con la esperanza de que los hijos de inmigrantes no perdieran su lengua materna.

Entré en uno de los institutos y lo que vi me hizo recordar mi niñez. Era la hora del recreo, y los chicos, todos de alrededor de siete años, estaban corriendo, gritando y riendo. Hablaban entre sí, contándose chismes y chistes. Aunque estaban allí para aprender chino, no oí ni una palabra en chino; todos hablaban en castellano. Claro. Eran argentinos.

Cuando yo era niño, mis padres me mandaban a un instituto muy similar los sábados. Los otros “presos” y yo (así nos consideramos, cegados por la miopía de la niñez) rechazamos completamente la escuela y la currícula. Sí, durante las clases repetíamos aburridamente lo que nos enseñaban. “Yo soy chino. También soy de este país. Amo a China. También amo a este país.” Pero, después de las clases, hablábamos en inglés. Éramos estadounidenses. ¿Por qué teníamos que aprender chino, este idioma que marcaba a nuestros padres como extranjeros y, a la vez, extraños? Con esta actitud que teníamos, no le sorprende a nadie que hayamos egresado medio analfabetos en escritura china y sin la capacidad de tener una conversación coherente en mandarín. Algunos de nosotros, incluso yo, empezamos a estudiar chino de nuevo en la universidad, para recuperar lo que debíamos haber aprendido durante los años de colegio chino. Tal vez algunos de estos chicos argentinos vayan a hacer lo mismo.

Caminar por las calles me provocó hambre. Ya que estaba en búsqueda de los lugares donde van los inmigrantes chinos, traté de encontrar un restaurante en el barrio que sirviera comida auténtica. En la calle Arribeños, justo debajo de la sombra del arco, encontré *Siempre Verde*, un restaurante vegetariano. La carta estaba escrita mitad en chino y mitad en castellano (una buena señal), y además de comidas occidentalizadas había platos con ingredientes como “carnes” (hechas de verduras) y curry en polvo, ingredientes que nunca me imaginaba poder ver en una carta en un país donde la comida picante o comida sin carne son muy difíciles de encontrar.

Entré al restaurante y me senté. La clientela era diversa. La mitad de los clientes eran argentinos. También había una mujer china comiendo sola, otra mujer china con su hija de dos o tres años, y una pareja estadounidense, quizás expatriados. El mozo me saludó en mandarín y me trajo la carta y los palillos (no me di cuenta hasta unos minutos después de que a todos los clientes no-asiáticos les habían dado tenedores en vez de palillos).

– Fideos de arroz salteados con pollo vegetariano y salsa de curry, por favor – le dije al mozo en mandarín.

Pronuncié mal la palabra “curry” pero sin embargo me entendió. Veinte minutos después (me pareció que han adoptado la costumbre argentina de servicio sin apuro) me trajo los fideos. Desde lejos se distinguían por el olor del curry, pero en este caso un buen aroma no significaba necesariamente un rico sabor. Los fideos eran insípidos y bastante grasos. Comibles, sí. Recomendables, no. Por lo menos, ya sé que sí se puede encontrar comida china auténtica en el Barrio Chino. Quizás haya mejores lugares.

A media cuadra de *Siempre Verde* había una librería de novelas populares taiwanesas, un tanto escondida en medio de la gran cantidad de actividad comercial de esa cuadra. Estaba llena hasta el techo con libros, tanto nuevos como usados. Las ventanas cubiertas y la falta de luz suficiente la hacían parecerse a una excavación arqueológica, o tal vez al sótano polvoriento de un profesor desordenado. Mucha gente (todos chinos) entraban y salían, para

buscar libros o para conversar con la tendera. Era claro que la librería tiene mucho éxito. En la ventana, además de un cartel que indica cuándo sale la próxima entrega de muchos libros serializados, había muchos anuncios dirigidos a la comunidad, como uno para clases particulares de idioma castellano. Con tanta gente entrando y saliendo, y con todos los anuncios públicos en la ventana, me pareció que esta librería era una parte integral de la comunidad de inmigrantes en el barrio.

La librería tiene un aspecto turístico también. Por dos pesos, la tendera puede “traducir” un nombre castellano a chino; por unos pesos más, uno puede llevarse etiquetas con este nombre chino. Aunque tengan tanto éxito con la venta de libros, a la colectividad de inmigrantes



taiwaneses los dueños de la librería no pudieron olvidarse de la oportunidad de sacar provecho de las hordas de buscadores de curiosidades que pasan en frente cada día.

El resto del Barrio Chino es muy parecido a esta librería en que el barrio también tiene dos lados. El lado más prominente es una feria grande de fruslerías y comidas arraigadas en tradiciones chinas pero bien occidentalizadas, argentinizadas, y comercializadas para el consumo de turistas y de argentinos de raíces no-chinas. Detrás de este mercado existe otro Barrio Chino, donde los inmigrantes chino-argentinos y sus hijos comen, compran, rezan, y estudian. Este lado está escondido en medio de la oleada de actividad del otro.

Sí, hay una comunidad china en el Barrio Chino en Belgrano y, sí, es fuerte, con instituciones y empresas que sirven a la colectividad. Pero, como con muchas cosas, para encontrarla hay que ver detrás de todo lo que se vende en las calles.